

Opinión

La decisión de Hugo Chávez, presidente de Venezuela, de devaluar el bolívar a la mitad de su valor, puede haber ocasionado a Telefónica un quebranto de unos 1.000 millones de euros por dividendos no repatriados, a los que habrá que sumar el efecto en los beneficios futuros, y otras pérdidas de cuantía no tan abultada a otras cuantas multinacionales que habían confiado la expansión de su negocio a la economía venezolana en los últimos años. La operadora española, no obstante, aclaró que mantiene sus previsiones de beneficio y retribución a los accionistas en el corto y medio plazo. BBVA podría resentirse en otros 200 millones, mientras que Repsol, que factura sus operaciones en dólares, Iberdrola o Mapfre, también con intereses en el país, aclararon ayer que la medida no perjudicará sus cuentas de resultados.

La devaluación, a pesar de ser un recurso extremo y desde luego censurado en las economías competitivas, ha vuelto a la palestra en la última crisis como solución en países con grandes desequilibrios productivos, que acumulan lacerantes pérdidas de competitividad. Ha ocurrido en los países del este de Europa en los dos últimos años, y es moneda común en pequeñas economías emergentes. Pero lo es también en economías cerradas, con el control de cambios intervenido, con grandes necesidades de divisas para financiar las compras en el exterior y en las que la moneda local carece del reconocimiento financiero de los mercados, además de tener estructuras políticas pseudodemocráticas. Venezuela acapara todos esos ingredientes y es hoy seguramente el mejor ejemplo de pretendida autarquía económica, insos-

Latinoamérica y la seguridad jurídica

tenible con las reglas de mercado libre por las que se rige la globalización.

Maniobras como la emprendida por el Gobierno de Hugo Chávez, por otra parte esperada por los mercados ante la imperiosa necesidad de divisas que llevaba a la moneda local a cotizar en el mercado negro a cuatro veces el precio que marca el banco central que la emite, son también los ejemplos clarividentes de inseguridad jurídica que las empresas detestan cuando afrontar una inversión fuera de su territorio natural. En todo caso, la práctica contra el libre mercado es norma en Venezuela desde que Chávez gestiona su populismo autoritario, su estrambótica revolución, con aureola de pretendido libertador de la región. Además de marcar el precio de la moneda que usan los venezolanos, dice cuándo sí y cuándo no, en qué cantidad y a qué precio, pueden las empresas repatriar los beneficios que han obtenido de sus negocios en territorio venezolano, lo que convierte a la actividad empresarial para extranjeros en una lotería en la que los resultados se contabilizan siempre a ritmo de pedrea.

América Latina había dado pasos notables en la conquista

de la seguridad jurídica que le garantiza la llegada de las inversiones que pongan en marcha algunas de las economías más atrasadas del planeta. Esta semana ingresa en la OCDE, club de exquisita exigencia con las normas internacionales, Chile, que debiera convertirse en una avanzadilla para otros países del cono sur en la institución. Pero actitudes como la de Chávez, extendida a

Bolivia y otras pequeñas economías de la zona, y replicada de manera particular por la Argentina de los Kirchner, ponen en cuarentena los avances de los últimos años.

Pero el mundo seguirá creciendo, y las corporaciones extranjeras, las españolas también, seguirán buscando sus oportunidades de negocio allí donde se respeten los derechos del capital, con el justo equilibrio con los derechos de los países soberanos que lo acogen. Y polos atractivos como Brasil, Chile, México o Paraguay absorberán infinidad de recursos que en condiciones normales se repartirían en toda América Latina. Sin respeto a las normas internacionales y a unas reglas de juego aceptadas por todos, no hay inversión, y sin inversión, no hay progreso.

Latinoamérica había esquivado la crisis con relativa facilidad, sobre todo por la pujanza de unas cuantas economías emergentes. Pero gestos como los de los últimos días en Argentina y Venezuela pueden torpedear buena parte de los avances. Las instituciones internacionales, y los Gobiernos democráticos y con prestigio reconocido, incluido el español, deben presionar para evitar este tipo de prácticas y dar garantías a los intereses exteriores allí presentes.

Chávez, sin propósito de enmienda



JOSÉ MARÍA MARTÍNEZ / JONÁS FERNÁNDEZ

ANALISTA DEL SERVICIO DE ESTUDIOS Y DIRECTOR DEL SERVICIO DE ESTUDIOS DE SOLCHAGA RECIO & ASOCIADOS

El viernes el presidente de Venezuela, Hugo Chávez, anunció la devaluación de la moneda, hasta ahora en 2,15 bolívares por dólar, y el establecimiento de un tipo de cambio dual dentro de un marco de control férreo de capitales. Se ha fijado un tipo de 2,6 bolívares por dólar para las importaciones de primera necesidad (alimentos, insumos de salud y compras del sector público) y otro de 4,3 bolívares por dólar para el resto de las operaciones, lo que supone una devaluación extraordinaria que amenaza con disparar aún más la inflación, que cerró 2009 en el 25,1% ciento. Esta devaluación es tan necesaria como carente de sentido sin una reorientación global de la política económica y la coexistencia de dos tipos de cambio abre una nueva puerta para el arbitraje y la corrupción.

Venezuela no había variado su tipo de cambio oficial desde marzo de 2005, lo que ha supuesto una apreciación real de la moneda superior al 40%, representando una traba en la búsqueda de una estrategia de desarrollo a largo plazo que diversifique una

economía dependiente del petróleo, ya que ha hecho a las importaciones artificialmente baratas y a las exportaciones más caras. De este modo, el sistema de tipo de cambio fijo junto a la especialización en la extracción de petróleo han conducido a la economía venezolana hacia una preocupante "enfermedad holandesa". Mientras que desde comienzos de 2004 las importaciones han crecido un 240%, las exportaciones no petroleras han aumentado sólo un 10% y las exportaciones petroleras representan ya un 90% del total y la mitad de los ingresos públicos.

Hasta el estallido de la crisis, los altos precios del crudo pudieron ocultar la pobre gestión de la empresa petrolera estatal, PDVSA, y gracias a la ingente entrada de divisas el Ejecutivo pudo mantener mal que bien el tipo de cambio oficial, destruyendo el sistema productivo nacional, con una inflación galopante de la mano del gasto público. Además, la creciente lista de precios regulados ha reducido drásticamente su oferta, alimentado también la espiral inflacionista en los mercados paralelos. De este modo, la recupera-

ción del petróleo en el último trimestre no ha sido suficiente para retrasar la depreciación del bolívar y el país que lleva meses reduciendo la oferta oficial de dólares, construyendo la actividad del sector productivo de manera adicional, se enfrenta ahora a una necesaria política de ajuste, aunque no parece que el Gobierno pretenda aplicar las medicinas correctas.

Por el contrario, Chávez ha decidido devaluar como una huida hacia delante con las elecciones legislativas en el horizonte de septiembre del presente año. De algún modo, el Ejecutivo ha temido una mayor depreciación implícita del tipo de cambio en los mercados no oficiales en los meses previos a los comicios que hubiera disparado igualmente la inflación e impedido una activa política fiscal. Hasta ahora el Gobierno venía centrando su estrategia en la emisión de bonos denominados en dólares para reducir la tensión sobre el tipo oficial ante la caída del volumen de divisas disponibles. Sin embargo, esta opción no ha sido sostenible y la crisis de algunas entidades financieras del país ha acabado por dis-

parar la aversión al riesgo. Así, el Gobierno no ha podido con el mercado y ha tenido que tomar una decisión dolorosa, pero que le permitirá afrontar un año adicional con niveles de gasto extraordinarios gracias al incremento de los ingresos petroleros en moneda local. Chávez ha renunciado formalmente a controlar la inflación, que se habría situado igualmente en tasas elevadas ante la evolución del tipo de cambio en el mercado negro, pero espera, en cambio, incrementar notablemente su capacidad de gasto ante los próximos comicios. No se trata, por tanto, de una revisión de la política económica, sino de un atajo para mantener el gasto público y retrasar el ajuste que cada día se presume con mayor capacidad destructiva.

Sin duda, la crisis internacional está poniendo a los países en su lugar. Venezuela, después de una década de heterodoxa política económica, está comenzando a experimentar los efectos negativos de tales decisiones. Mientras la región mira al futuro con optimismo, Venezuela camina con paso firme hacia una profunda crisis sistémica.

“Esta devaluación es tan necesaria como carente de sentido sin una reorientación global de la política económica”

CincoDías

Director Jorge Rivera

Subdirectores José Antonio Vega y Juan José Morodo

Redactores Jefe Fernando Sanz (Especiales), Ángeles Gonzalo (Finanzas), Rafaela Perea (Diseño), Nuño Rodrigo (Mercados-5D)

Secciones Cecilia Castelló y Ana Perona (Empresas), Carmen Monforte (Energía), Antonio Ruiz del Árbol (Telecomunicaciones), Marimar Jiménez (Cinco Red), Arantxa Corella (Buen Gobierno), Bernardo Díaz (Economía), Natalia Sanmartín (Vida Profesional), Juan Ferrari (Opinión), Miguel Rodríguez (Mercados-5D), Federico Castaño (Política), Paz Álvarez (Empleo y Directivos), Kirru Artea (País Vasco) y Óscar Laguarda (Infografía)

Corresponsales Ana B. Nieto (Nueva York) y Bernardo de Miguel (Bruselas)

Director Cincodías.com Jorge Chamizo. Jefe de sección Alfredo García

Gerente María Frías

Adjunta a Gerencia Marta Moldes

Operaciones José Luis Gómez

Producción Ángel Martín Distribución Mónica Roldán Marketing Eduardo Díaz

Suscripciones Alberto Alcantarilla Sistemas Javier Álvarez

Depósito legal: M-7603-1978. Difusión controlada

Edita Estructura, Grupo de Estudios Económicos, S.A. Miguel Yuste, 42. 28037. Madrid. Teléfono 915 386 100.